

Paul Ricoeur (1913-2005)*

Luis Vergara

“Mis obras son las huellas que dejo. La historia de mis puntos de vista filosóficos puede ser de interés, pero la historia de mi vida es nula.” “Nadie está interesado en mi vida y, por lo demás, mi vida es mi obra. Si quieres escribir sobre mí, simplemente escribe sobre mis libros y artículos filosóficos”. Son declaraciones de Paul Ricoeur hechas a su discípulo, amigo y biógrafo Charles Reagan en 1991 y en 1993, respectivamente.¹ ¿Habríamos de atender a estas indicaciones? ¿Es separable la obra de la vida de la que surgió? El mismo Ricoeur reconoció al inicio de su *Autobiografía intelectual* (1995) la necesidad de evocar ciertos episodios de su vida privada en orden a aclarar el desarrollo de su producción filosófica. Probablemente todo dependa del tipo de lectura que se pretenda llevar a cabo. En cualquier caso, en esta ocasión nosotros atenderemos a la indicación, la cual, después de conocer las disposiciones del propio Ricoeur en relación con su funeral —sólo familiares y amigos íntimos presentes—, la interpretamos como un deseo que nos sentimos llamados a honrar. Más allá de sus obras y de los reconocimientos a los que se ha hecho acreedor, sólo nos referiremos a algunos de los aspectos de su vida mencionados por él mismo en su *Autobiografía* y a otros muy del conocimiento público.

* * * * *

¿Qué podría añadirse a las notas ya publicadas en el *internet*, en prácticamente todos los periódicos serios del mundo y en las revistas especializadas con motivo de su reciente fallecimiento? Nada, seguramente. Pero por otra parte, es un imperativo de la justicia y, por qué no decirlo, del afecto que digamos nuestra palabra al respecto. ¿Cómo no recordar en las páginas de esta revista, sin cometer una injusticia imperdonable, a quien ha figurado en ellas tantas veces y con tanta pertinencia? ¿Cómo no

*Trabajo publicado por primera vez en la revista *Historia y Grafía*, número 24 (2005), pp. 251-258, México, UIA.

¹ Charles E. Reagan, *Paul Ricoeur: His Life and his Work*. Chicago y Londres: University of Chicago Press, 1996, p. 72.

dejar aquí constancia en la permanencia de la letra impresa de sus contribuciones más importantes al pensamiento en general y a la teorización sobre la historia en particular, a manera de discreto pero para nosotros muy significativo homenaje a una vida y a una obra ejemplares? Y, ¿cómo no hacer referencia también a los reconocimientos públicos más conspicuos de los que esa vida y esa obra han sido objeto? Comenzaremos con el más próximo de ellos.

En diciembre de 2004, a unas semanas de cumplir 92 años de edad, Ricoeur (junto con el historiador Jaroslav Pelikan) fue galardonado con el prestigiado premio “John W. Kluge”, establecido el año anterior con la intención de reconocer, con un prestigio —y con un monto— declaradamente comparables a los de los premios Nobel, la obra de toda una vida consagrada a las ciencias humanas. El discurso de aceptación que pronunció en esa ocasión tuvo por título “Afirmando capacidades personales y abogando por reconocimiento mutuo” y da cuenta a un tiempo de lo que retrospectivamente nos es dado apreciar como el hilo conductor de toda su producción, esto es, el *homo capax*, y del que fue el tema de sus últimas investigaciones y de su último gran libro, publicado ese mismo año, a saber: el *reconocimiento*.² La obra de Ricoeur en conjunto conforma una espléndida antropología filosófica del ser humano que actúa y que sufre, que posee —que es— el poder fundamental de hablar, actuar, narrarse, imputarse a sí mismo sus acciones como verdadero actor, de recordar y recordarse, en fin, de reconocer y reconocerse.³

El arco que en 2004 arriba a la publicación de *El recorrido del reconocimiento* arranca hace más de medio siglo, en 1950,⁴ con la publicación del primer resultado —*Lo voluntario y lo involuntario*— de una investigación fenomenológico-existencial de la

² Paul Ricoeur, *Parcours de la reconnaissance, trois études*. París: Stock, 2004; se trata de un libro de cerca de 400 páginas de extensión estructurado en tres partes: reconocimiento como identificación, reconocimiento del sí mismo y reconocimiento mutuo: tal es el recorrido al que alude su título. En ese mismo año publicó también *Sur la traduction*. (París: Bayard).

³ En la obra reciente de Ricoeur aparecen varias enumeraciones de estas capacidades básicas. En una nota a pie de página (nota núm. 1, p. 82) de *La memoria, la historia, el olvido* (Madrid: Trotta, 2003) escribe Ricoeur: “Yo mismo me esforcé en *Sí mismo como otro* en tratar como manifestaciones múltiples del poder fundamental de obrar a operaciones tradicionalmente asignadas a problemáticas distintas. El mismo cambio pragmático se toma en cuenta en cada una de las grandes secciones de la obra: *puedo hablar, puedo contar (me), puedo imputarme a mí mismo mis acciones como su verdadero autor. Ahora digo puedo acordarme*.” En su discurso de aceptación del premio Kluge, expresó al respecto lo siguiente:

“Es posible establecer una tipología de capacidades básicas, en la intersección de lo innato y lo adquirido. Estos poderes básicos constituyen un cimiento primario de la humanidad en el sentido de lo humano como opuesto a lo no humano. El cambio, que constituye un aspecto de la identidad —la de las ideas y de las cosas— revela un aspecto dramático en el nivel humano, que es el de la historia personal entramada con las innumerables historias de nuestros compañeros en la existencia. La identidad personal se encuentra marcada por una temporalidad que puede ser afirmada como constitutiva. La persona es su historia. En el esquema tipológico que estoy proponiendo, considero en turno la capacidad de decir, la capacidad de actuar, la capacidad de narrar, a las que añado, imputabilidad y prometer. En este vasto panorama de capacidades afirmadas y ejercidas por el agente humano, el acento principal se desplaza desde lo que a primera vista parece ser un polo moralmente neutro a uno explícitamente moral, donde el sujeto capaz se atesta a sí mismo como un sujeto responsable.” (<http://www.loc.gov/loc/kluge/ricoeur-transcript.html>, consultado el 30 de mayo de 2005).

⁴ La producción de Ricoeur se inicia al menos quince años antes de 1950; *Lo voluntario y lo*

voluntad que buscaba una realización en el campo práctico semejante a la que en el de la percepción había llevado a cabo Maurice Merleau-Ponty. Las entregas segunda y tercera de este proyecto lo constituyeron los dos volúmenes de *Finitud y culpabilidad—El hombre falible* y *La simbólica del mal*— aparecidos diez años después. Pero ya para entonces sus investigaciones sobre la filosofía de la voluntad habían conducido a Ricoeur a una suerte de confrontación con el *psicoanálisis* que, a su vez, le llevó a la elaboración de su propuesta relativa al conflicto de las interpretaciones. En *Freud: Una interpretación de la cultura* (1965) puso de manifiesto el conflicto entre dos tipos de interpretación de una misma constelación simbólica: la tradicional (ejemplificada por la del propio Ricoeur en *La simbólica del mal*) y la crítica (la de Freud). A partir de entonces su interés no se limitó a una simbología en particular, sino que centró en la estructura simbólica en general en tanto que estructura del lenguaje: se había operado su “giro lingüístico” y la fenomenología hermenéutica había desplazado en su trabajo a la de corte existencial. La confrontación con el *estructuralismo*, en sus momentos de mayor vigencia en Francia, se hizo inevitable. De estos asuntos se ocupan los trabajos recopilados en *El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica* (1969).

A principios de la década de los setenta tiene lugar un segundo desplazamiento: del símbolo al *texto*, desplazamiento que parece darse en dos momentos sucesivos: el de la afirmación de que no hay autocomprensión que no se encuentre mediada por *signos, símbolos y textos*, y el de la reinscripción de la teoría de los textos en el seno de la teoría de la acción. Ricoeur propone emplear la interpretación de textos como un modelo para la teoría de la acción y la teoría de la historia. Una nueva triada, que subsume a la anterior, se hace prominente: *texto, acción e historia*. De todo ello se da cuenta en una segunda recopilación de trabajos:—*Del texto a la acción. Ensayos de Hermenéutica II* (1986).

El libro más importante producido por Ricoeur durante la década de los años setenta es *La metáfora viva* (1975), cuya tesis central es que, aunque en el lenguaje metafórico se suspende la función referencial propia del lenguaje descriptivo, en él tiene lugar la emergencia de referencias “de segundo grado”, esto es, de redescrpciones del mundo que permiten decir lo que de otra manera no podría decirse. Viene después lo que nos es dado llamar la *gran trilogía* de las últimas dos décadas del siglo pasado, el período, tal vez, de mayor esplendor de Ricoeur: *Tiempo y narración* (1983-1985), *nSi mismo como otro* (1990) y *La memoria, la historia, el olvido* (2000).

Tiempo y narración es una de las dos obras clave de Ricoeur en lo que concierne a la teoría de la historia. La tesis central de esta obra en tres volúmenes, conversación tripartita entre la filosofía de la temporalidad, la poética de la ficción y la teoría de la historia, es que existe una correlación, que presenta la forma de necesidad transcultural, entre la actividad de narrar una historia y el carácter temporal de la existencia humana. La forma del discurso histórico, su relación con el de ficción y con el—“pasado real”, la conciencia histórica y las responsabilidades ético-políticas del historiador son

involuntario, sin embargo, es su primer libro importante en el sentido de la exposición de su propio y original pensamiento.

temas prominentes. En un largo capítulo de conclusiones, Ricoeur introduce su propuesta relativa al carácter narrativo de las identidades de individuos y colectividades.

En *Si mismo como otro* Ricoeur se propuso efectuar un balance "provisional" de sus investigaciones sobre la noción de sujeto; el resultado: una hermenéutica del sí (mismo). Encontramos aquí, entre otras cosas, plenamente desarrollada la tesis de la identidad narrativa (individual) y la mejor exposición de la ética ricoeuriana.

La memoria, la historia, el olvido es una obra en tres partes correspondientes a cada una de las temáticas a la que hace referencia su título, seguidas de un epílogo consagrado a "El perdón difícil". Cada parte, en adición a estar referida a una temática específica, procede siguiendo un método propio. Descubrimos así en este libro una *fenomenología de la memoria*, una *epistemología de las ciencias históricas* y una *hermenéutica de la conciencia histórica* que culmina en una meditación sobre el olvido. Las tres partes, empero, remiten a una problemática única que viene a constituir el hilo conductor de todo el libro: la de *la representación del pasado* y del enigma de la imagen presente de una cosa ausente. Esta es la otra de las obras de Ricoeur de especial interés en relación con la teoría de la historia.

El premio Kluge fue el último eslabón de una larga cadena de reconocimientos y honores tributados a Ricoeur en vida. No podemos aquí más que hacer referencia a las decenas de doctorados *honoris causa* que le fueron otorgados por instituciones universitarias de gran prestigio y simplemente listar algunos de los premios más importantes que recibió: Jean Cavallés (Francia, 1950), Hegel (Alemania, 1985), Gordon Laing (Estados Unidos, 1985), Grand Prix (Francia, 1988), Lucas (Alemania, 1989), Balzan (Italia), Kyoto (2000), Paulo VI (Ciudad del Vaticano —entregado por Juan Pablo II—, 2003) y Kluge (2004). Al morir, Ricoeur era profesor emérito de las Universidades de París y de Chicago; vivía en todo sentido tanto en el mundo de los continentales como en el de los analíticos. Hoy en día es, como lo lo ha sido ya por varias décadas, una referencia imprescindible en cualquier discusión en materia de filosofía hermenéutica, teoría de la historia, teoría literaria o exégesis bíblica. Fue un filósofo declaradamente cristiano y protestante (Iglesia Reformada de Francia) —pero particularmente apreciado por pensadores católicos— que se esmeró siempre en mantener separadas en sus trabajos la esfera religiosa ("la convicción") de la filosófica ("la crítica"). Fue consistentemente un pacifista, un hombre más bien de izquierda, siempre comprometido políticamente. Anheló vivir —y que se viviera— éticamente: con una "intencionalidad de la 'vida buena' con y para otro en instituciones justas".⁵ Fue el gran maestro de la conciliación de posiciones aparentemente excluyentes, en términos de Ignacio de Loyola (*pace*, Ricoeur), buscó invariablemente salvar la proposición del prójimo. La elegancia y la precisión de su expresión deslumbran. Acuñó giros tan notables como el los "maestros de la sospecha" (Nietzsche, Marx y Freud), "kantismo sin sujeto trascendental" (el estructuralismo) y la "segunda ingenuidad". No todo fue satisfacciones y reconocimientos: experimentó la orfandad, la guerra, la reclusión, el rechazo, el fallecimiento de su

⁵ Paul Ricoeur, *Si mismo como otro*. México, Siglo XXI, 1996, p. 176.

esposa después de más de 60 años de matrimonio (1997) y, lo peor posible, el suicidio de uno de sus hijos (1986), acontecimiento a partir del cual no volvió a escribir sobre el ser humano que actúa sin añadir “y que sufre”.

Como suele ocurrir en casos semejantes, en estos días se habla y escribe de la pérdida que significa la partida de Ricoeur. Así, por ejemplo, Jean Pierre Raffarin, quien fuera Primer Ministro de Francia hasta el NO de aquel país al proyecto de la Constitución de Europa: “Perdemos hoy más que un filósofo. Toda la tradición humanista europea guarda luto por uno de sus voceros de mayor talento”. Comprendemos bien estas expresiones y simpatizamos por supuesto con ellas. Sin embargo, más que lamentar una pérdida, nosotros celebramos una gran ganancia: la de una vida y una obra que, como ya ha sido dicho, tienen carácter de ejemplaridad.

* * * * *

Por fidelidad a la ambición de dar cuenta en lo posible de las más profundas persuasiones de Ricoeur, nos es menester mencionar otro posible motivo de celebración. Nos preguntamos: después del 20 de mayo, ¿la vida de Ricoeur trasciende en algo que sea más que esas huellas que son sus textos? En una de las conversaciones que sostuvo con Francois Azouvi y Marc de Launay durante 1994 y 1995 (publicadas en 1995 con el título *La crítica y la convicción*) manifestó, en términos sin duda oscuros para muchos, pero diáfanos para algunos otros, su personal esperanza a este respecto:

Ultimamente, al reflexionar sobre la experiencia de la muerte, y sobre lo que me ha sido dicho por médicos que se especializan en estas experiencias de fin de vida en personas afectadas por el SIDA o por cáncer, he tenido la impresión de que uno puede constatar, en ese momento, que el apelar a recursos de coraje y confianza proviene de más allá de tal o cual lenguaje; es aquí donde yo reintroduciría hoy la idea de experiencia: una persona no está moribunda cuando va a morir, está viva, y puede ser que haya un momento—yo lo espero para mí mismo— cuando, de cara a la muerte, los velos de este lenguaje, sus limitaciones y sus codificaciones, se borren para permitir que algo *fundamental* se exprese, algo que posiblemente entonces, efectivamente, sea del orden de la experiencia. La vida de cara a la muerte asume una V mayúscula, y ésta es el coraje de estar vivo hasta la muerte. Creo, sin embargo, que estas experiencias son raras, semejantes, tral vez, a aquellas vividas por los místicos. Carezco de experiencia en este sentido. He atendido, en cambio, a la interpretación de textos, a la invitación ética, aun cuando, de buena gana confieso que, más allá del deber e incluso del deseo de “vivir bien”, se deja entrever un llamado al amor que proviene de más lejos y de más arriba.⁶

Ante esto sólo cabe el respetuoso silencio del escéptico o el jubiloso ¡amén! del igualmente esperanzado creyente.

Junio, 2005.

⁶Paul Ricoeur, *La critique et la conviction. Entretien avec Francois Azouvi et Marc de Launay*. París: Calmann-Lévy, 1995, p. 220.